

No puede expresarse de manera más breve y clara el asunto en que ha de ocuparse nuestro mariano maestro en este capítulo. Nos va a hablar de la necesidad de la devoción a María, en general. Y para prevenir mejor al lector para el conocimiento de la verdadera devoción a la Santísima Virgen y disponerlo a la devoción que él pretende enseñar, dice éstas, no menos concretas palabras, con las cuales termina toda la brevísima introducción que hace a este capítulo. Dice así:

«Lo cual haré, con la ayuda de Dios, después de dejar sentadas algunas verdades fundamentales que darán luz sobre esta grande y sólida devoción que intento descubrir.»

«¡Que darán luz sobre esta grande y sólida devoción que intento descubrir! Hé aquí la grande empresa del Beato Luis María. Por eso, los mismos esclavos, no son más que instrumentos de esa devoción especial; serán esclavos porque practicarán esa devoción, y para enseñarla, propagarla y defenderla serán los esclavos. El tesoro, pues, es la devoción que nos va a descubrir el Beato, después que nos hable de la devoción a María en general, y de que nos exponga las verdades fundamentales de que tratará en el párrafo primero de este artículo primero que sigue ahora.

§ 1.—Primera verdad: Jesucristo, nuestro fin último.

Una sencillísima anotación conviene hacer antes de empezar a leer este § y es, que al decir nuestro montfortiano maestro: Jesucristo, nuestro fin último, se refiere al asunto de que trata: de la devoción y al fin mediato de la devoción que es transformarnos en Cristo, no ciertamente a nuestro fin último, absoluto y mediato, que es y no puede ser otro que la divinidad.

En el n.º. 66 dice así nuestro Beato:

«El fin último de todas nuestras demás devociones no debe ser otro que Jesucristo nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre; de lo contrario, estas doctrinas serían falsas e ilusorias.» Dios lleva a la gloria a los que se hacen conformes a la imagen de su Hijo: esto es, a los que en todo sienten, piensan, quieren y obran como Jesús, supremo Maestro en el cumplimiento de la divina voluntad, pues El no vino a otra cosa que a hacer la voluntad de su Padre que lo había enviado. Pero El vive entre nosotros, El ha querido quedarse con los hombres hasta la consumación de los siglos, no sólo en su espíritu, en sus enseñanzas, en sus ejemplos; se nos ha quedado *vere realiter ac substantialiter* en el sacramento por excelencia, en el sacramento de su amor. Jesucristo dió muerte a la muerte y vive y vivirá por los siglos de los siglos en el Sacramento del Altar, con vida Eucarística inefable, para aleccionarnos con los ejemplos de la más alta perfección, y por eso, toda devoción que no tenga por fin a Jesucristo y no encuentre en El toda su consumación es falsa e ilusoria; y cuando decimos en Jesucristo, nos referimos a Jesús Eucaristía, El, así concreto, es el último fin nuestro, como dice el Vidente monfortiano. Sin Cristo Sacramentado, en religión, todo es falso e ilusorio. Bien claramente y muy a pesar suyo ha comprobado esta verbad el inerte Protestantismo, sin luz, sin vida, sin calor, el que soberbio quiso reformar al mundo, con hipócrita amor a Cristo y llevó a la humanidad a los abismos de muerte en que se encuentra por haber repudiado soberbio la realidad del augusto Sacramento de la Eucaristía.

Y como hecho perfectamente confirmado por el mismo Protestantismo, no olvidemos que los que repudiaron a la Eucaristía despreciaron el culto de María.

Nosotros nos atreveríamos a concretar las palabras del Beato diciendo que